

monías no convienen más que á los grandes espíritus ó á los grandes dolores.

Aquel desierto lleno de accidentes, donde los rayos del sol, reflejados por las aguas y por la arena, blanquean la aldea de Batz y bañan los tejados del Croisic comunicándole un inmenso brillo, ocupaba entonces á Felicidad durante días enteros, la cual, como sufría á la sazón horribles dolores desconocidos, volvía rara vez sus ojos hacia las deliciosas vistas del interior y hacia los bosques y los setos floridos que rodean á Gueranda, cual si fuese una recién casada, de flores, de cintas, de velos y de festones.

Tan pronto como Calixto vió despuntar las veletas enclavadas en los dos extremos del ángulo que formaba el tejado, y las copas tortuosas de los pinos, encontró el aire más ligero; pues estando su vida en Touches, Gueranda le parecía una prisión. ¿Quién no comprende los encantos que había de encerrar Touches para un hombre cándido? El amor que le había hecho postrarse á los pies de una persona á quien consideraba él una gran cosa antes de ver en ella una mujer, tenía que resistir á las inexplicables negativas de Felicidad. Este sentimiento, que es, más bien que amor, necesidad de amar, no había escapado al terrible análisis de Camilo Maupín, y de ahí provenían, sin duda, sus negativas, cuya nobleza no comprendía Calixto. Por otra parte, en aquel recinto brillaban tanto más las maravillas de la civilización moderna, cuanto que contrastaban con todo Gueranda, donde la pobreza de los Guenic era un esplendor. Allí, ante las miradas atónitas de aquel joven ignorante que no conocía más que las retamas de Bretaña y los matorrales de la Vendea, se desplegaron las bellezas parisienses de un mundo nuevo, y allí oyó también por vez primera un lenguaje sonoro que le era desconocido. Calixto escuchó allí los acentos poéticos de la música más bella, de la sorprendente música del siglo xix, en la que la melodía y la armonía luchan con igual poder y donde el canto y la instrumentación han alcanzado increíbles perfecciones; allí vió también las obras de la pintura más pródiga, la de la escuela francesa, que es hoy la heredera de Italia, de España y de Flandes, y donde el talento se ha hecho tan común, que todos los ojos, todos los corazones, cansados del talento, llaman á grandes gritos al genio; y allí leyó, en fin, esas obras de la imaginación, esas asombrosas creaciones de la literatura moderna, que produ-

jeron todo su efecto en su corazón virgen. En una palabra, nuestro gran siglo xix se le apareció allí con sus magnificencias colectivas, con su crítica, con sus esfuerzos de renovación en todo, y le cantó himnos acompañados del terrible contrabajo del cañón. Iniciado por Felicidad en todas estas grandezas, que, sin duda, escapan á las miradas de los que las ponen en escena ó de los que las construyen, Calixto satisfacía en Touches el gusto por lo maravilloso, que es tan potente á su edad, y esa sencilla admiración que constituye el primer amor de la adolescencia y que tanto se excita con la crítica. ¡Es tan natural que la llama aumente y tome vuelos! El joven escuchó allí esa bonita charla parisiense y esa elegante sátira, que le revelaron el espíritu francés y despertaron en él mil ideas adormecidas por el entorpecimiento de su vida en familia. Para él, la señorita de Touches era la madre de su inteligencia, una madre á quien podía amar sin temor. ¡Era ella tan buena para él! Una mujer es siempre adorable para un hombre á quien inspira amor, aunque ella parezca no corresponderle. En este momento Felicidad le daba lecciones de música. Para Calixto, aquellas grandes habitaciones del piso bajo, aumentadas aún gracias á lo hábilmente dispuestas que estaban las praderas y las espesuras del parque; aquella caja de escalera, amueblada con las obras maestras de la paciencia italiana, con maderas labradas, con mosaicos venecianos y florentinos, con bajo relieves de marfil y de mármol y con curiosidades encargadas por las hadas de la edad media; aquella habitación íntima, tan linda y tan voluptuosamente artística, todo aquello, en fin, estaba vivificado y animado por una luz, un espíritu y un aire sobrenaturales, extraños é indefinibles. El mundo moderno, con sus poesías, se oponía vivamente al mundo lúgubre y patriarcal de Gueranda, estableciendo una competencia entre dos sistemas distintos: de una parte los mil efectos del arte, de otra la unidad de la salvaje Bretaña. Ahora ya nadie preguntará por qué el pobre niño, aburrido como su madre de las veladas de la mosca, se estremecía siempre al entrar en Touches, al llamar á su puerta y al atravesar su patio. Hay que observar que estos presentimientos sólo agitan á los hombres hechos ya á los inconvenientes de la vida y que no se sorprenden por nada y se lo esperan todo. Al abrir la puerta, Calixto oyó los acordes del piano y creyó que Camilo Maupín estaba en el salón; pero cuando penetró

en el billar, la música dejó de llegar á sus oídos. Camilo tocaba, sin duda, en el pianito recto que Conti había traído de Inglaterra y que estaba colocado en el salón del primer piso. Mientras subía la escalera, cuya alfombra ahogaba por completo el ruido de sus pasos, Calixto fué marchando cada vez más lentamente, pues le pareció reconocer algo extraordinario en aquella música. Felicidad tocaba para sí sola, se entretenía consigo misma. En lugar de entrar, el joven se sentó en un banco gótico forrado de terciopelo verde, que había en el descansillo, debajo de una ventana provista de artístico quicio de madera labrada. Nada más misteriosamente melancólico que la improvisación de Camilo, que parecía una alma cantando á Dios algún *De profundis* desde el fondo de la tumba. El joven amante reconoció en aquel canto la plegaria del amor desesperado, la ternura de la queja sumisa, los gemidos de una aflicción contenida. Camilo había extendido, variado y modificado la introducción de la cavatina de *Perdón para ti, perdón para mí*, que constituye casi todo el cuarto acto de *Roberto el Diablo*, y después de cantar este trozo de una manera desgarradora, enmudeció de pronto. Calixto entró entonces y pudo ver la causa de la interrupción. La pobre Camilo Maupin, la hermosa Felicidad, le mostró sin coquetería su rostro bañado en lágrimas, y después de tomar un pañuelo y enjugárselas, le dijo sencillamente:

—¡Buenos días!

La escritora estaba encantadora con su tocado de la mañana: llevaba en la cabeza una de aquellas redecillas de terciopelo rojo que estaban entonces de moda, y de la cual brotaban sus lucientes mechones de cabellos negros. Una levita muy corta formaba una especie de túnica griega moderna que permitía ver un pantalón de batista de perneras bordadas y unas bonitas zapatillas turcas de color rojo y oro.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Calixto.

—Nada, que no ha vuelto aún—le contestó Felicidad manteniéndose de pie á la ventana y mirando las arenas, el brazo de mar y las salinas.

Esta respuesta daba la explicación de su tocado. Camilo parecía esperar á Claudio Viñón, y estaba inquieta como mujer que ha hecho esfuerzos en vano. Un hombre de treinta años hubiera visto esto, pero Calixto no vió más que el dolor de Camilo.

—¿Está usted inquieta?—le preguntó.

—Sí—le respondió ella con una melancolía que aquel niño no podía analizar.

Calixto salió apresuradamente.

—Pero ¿adónde va usted?

—A buscarle—respondió el joven.

—Querido niño—le dijo ella tomándole por una mano para retenerlo á su lado y dirigiéndole una de esas tiernas miradas que constituyen la más hermosa recompensa para una alma joven,—¿está usted loco? ¿En dónde quiere usted encontrarle, ignorando su paradero?

—¡Ah! lo encontraré.

—Su madre de usted sufriría con ello mortales angustias; por otra parte, quédese usted, pues yo lo quiero—añadió haciéndole sentarse en el diván.—No se apure usted por mí. Las lágrimas que usted ve ahora en mis ojos son lágrimas de esas que nos agradan. Existe en nosotras una facultad que no poseen los hombres, en virtud de la cual nos abandonamos á nuestra naturaleza nerviosa exagerando extraordinariamente los sentimientos. Figurándonos en determinadas situaciones y abandonándonos á ellas, llegamos á derramar lágrimas y, á veces, á estados graves. Nuestras fantasías no son juegos del espíritu, sino del corazón. Usted ha venido muy oportunamente, pues la soledad no me conviene. Conozco perfectamente la causa del deseo que ha tenido de visitar sin mí el Croisic y sus rocas, la aldea de Batz y sus arenas y los pantanos salobres. Ya sabía yo que emplearía en esto varios días en lugar de uno. Ha querido dejarnos solos; está celoso, ó, mejor dicho, finge estarlo. Usted es joven y guapo.

—¡Por qué no me lo decía usted! ¿Quiere usted que no venga más?—preguntó Calixto derramando una lágrima que rodó por su mejilla y que conmovió vivamente á Felicidad.

—¡Es usted un ángel!—exclamó ésta.

Y acto continuo cantó alegremente el *¡Quedaos!* de Matilde, en *Guillermo Tell*, para quitar toda gravedad á esta magnífica respuesta de la princesa á su súbdito.

—De este modo ha querido hacerme creer en un amor mejor del que en realidad siente por mí—repuso Felicidad.

—El sabe lo bien que yo le quiero—dijo mirando á Calixto con atención,—pero, sin duda, se siente humillado al verse inferior á mí en esto. O acaso haya tenido sospechas de usted

y quiera sorprendernos. Pero ¿no es bastante grave ya su falta, en el mero hecho de haber ido sin mí á esa correría y de no haberme asociado á las ideas que le inspiraron esos espectáculos, causándome mortales inquietudes? Veo que ya no soy amada por ese bribonazo, como no lo he sido tampoco por el músico, por el hombre de talento, por el militar. Sterne tiene razón: los nombres significan algo, y el mío es una sangrienta mofa, pues veo que moriré sin encontrar en ningún hombre el amor que abriga mi corazón y la poesía que encierra mi alma.

Y dicho esto, permaneció con los brazos colgados, la cabeza apoyada en el cojín y los ojos distraídos por la reflexión y fijos en una de las rosas de la alfombra. Los dolores de los espíritus superiores tienen un no sé qué de grandioso y de imponente, porque revelan inmensas extensiones de alma que el pensamiento del espectador extiende aún más.

—¿Por qué me ha...?—dijo Calixto sin poder acabar.

La hermosa mano de Camilo Maupín se había colocado ardiente sobre la suya y le había interrumpido elocuentemente.

—La naturaleza ha cambiado para mí sus leyes, concediéndome aún cinco ó seis años de juventud. Le he rechazado á usted por egoísmo. Tarde ó temprano, la edad nos hubiera separado. Yo tengo sólo trece años más que él, y aun me parecen muchos.

—Usted será hermosa aún á los sesenta años—exclamó heroicamente Calixto.

—¡Dios le oiga á usted!—respondió Felicidad sonriendo. —Por otra parte, querido mío, yo quiero amarle. A pesar de su insensibilidad, de su falta de imaginación, de su cobarde holgazanería y de la envidia que le devora, creo que oculta grandezas bajo sus andrajos, y espero organizar su corazón, salvarlo de sí mismo y atraérmelo... Pero, ¡ay de mí! ¡con qué claridad ve las cosas mi espíritu y qué ciego está mi corazón!

Felicidad se asombró de la claridad con que conocía su interior, y sufría y analizaba su sentimiento, del mismo modo que Cuvier y Dupuytren explicaban á sus amigos la marcha de su enfermedad y el progreso que hacía en ellos la muerte. Camilo Maupín entendía tanto en materia de pasión como estos dos sabios en anatomía.

—Le he traído aquí para analizarle bien, y se aburre ya.

Ya se lo he dicho á él: echa de menos París y siente la nostalgia de la crítica por no tener autor á quien desplumar, ni sistema que atacar, ni poeta á quien desesperar. ¡Ay de mí! Mi amor no es, sin duda, bastante verdadero para distraerle y embriagarle. Emborráchese usted esta noche con él; yo diré que estoy enferma, permaneceré en mi cuarto, y de ese modo podré saber si me engaño ó no.

Calixto se puso rojo como la grana.

—¡Dios mío! sin darme cuenta, estoy depravando tu inocencia de doncella. Perdóname, Calixto. Cuando ames, ya sabrás de lo que es una capaz para proporcionar el menor placer al *objeto amado*, como dicen las echadoras de cartas.

Y dicho esto, hizo una ligera pausa y continuó después:

—Hay naturalezas soberbias y consecuentes, que al llegar á cierta edad exclaman: «¡Si yo empezase de nuevo la vida, obraría como obré hasta hoy!» Yo, que no me creo débil, exclamo: «Pues yo procuraría ser una mujer como tu madre, Calixto». ¡Qué dicha tener un Calixto! Hubiese escogido por marido al hombre más estúpido y hubiese sido mujer humilde y sumisa. Y, sin embargo, yo no he cometido faltas con la sociedad, y sólo me he hecho daño á mí misma. ¡Ay de mí! hijo querido, la mujer sólo puede ir sola en aquel estado de sociedad que se llama estado primitivo. Los afectos que no están en armonía con las leyes sociales ó naturales, los afectos que no son obligados, acaban por desaparecer. Sufrir por sufrir, vale más hacerlo siendo útil. ¡Qué me importan los hijos de mi prima Faucombe, que no son ya Faucombe, que no los he visto hace veinte años y que, por otra parte, se han casado con comerciantes! Usted es un hijo que no me ha costado los trabajos de la maternidad y le dejaré á usted mi fortuna, logrando así que sea feliz, al menos por lo que á mí me atañe, querido tesoro de hermosura y de gracia.

Después de decir estas palabras con voz emocionada, Felicidad cerró sus hermosos párpados para que el joven no pudiese leer en sus ojos.

—Usted no ha querido recibir nada de mí, y, por lo tanto, yo devolveré su fortuna á sus herederos—dijo Calixto.

—¡Niño!—dijo Camilo dejando correr las lágrimas por sus mejillas.—¿No habrá nada, pues, que pueda librarme de mí misma?

—Tiene usted que contarme una historia y que entregar-

me una...—dijo aquel generoso joven para distraer el pesar de Felicidad.

Pero no pudo acabar, porque ella le cortó la palabra, diciéndole:

—Tiene usted razón; es preciso, ante todo, ser fiel á su palabra. Ayer era demasiado tarde; pero hoy me parece que tendremos tiempo sobrado—añadió con tono amargo al-par que risueño.—Para cumplir mi promesa, voy á colocarme de modo que pueda ver el camino que conduce á la costa.

Calixto colocó en aquella dirección un gran sofá gótico y abrió el balcón. Camilo Maupín, que participaba del gusto oriental del ilustre escritor de su sexo, se levantó á coger una pipa turca que le había regalado un embajador, cargó la chimenea de pachuli, limpió el *bochetti*, perfumó el tubo de pluma que adaptaba á la pipa y que sólo servía para una vez, prendió fuego á las hojas amarillas, colocó á algunos pasos de ella el vaso de largo cuello esmaltado de este hermoso instrumento de placer y llamó para pedir el té.

—¿Quiere usted cigarrillos? ¡Ah! siempre olvido que no fuma. ¡Es tan rara una pureza como la suya! Me parece que para acariciar el satinado bello de sus mejillas de usted, es necesaria la mano de una Eva salida de las manos de Dios.

Calixto se ruborizó y tomó asiento en un taburete; pero no se apercibió de la profunda emoción que hizo colorear el rostro de Camilo.

—La persona de quien recibí carta ayer, y que, sin duda, estará aquí mañana, es la marquesa de Rochefide—dijo Felicidad.—Después de haber casado á su hija mayor con un gran señor portugués establecido para siempre en Francia, el anciano Rochefide, cuya casa no es tan antigua como la de usted, quiso emparentar á su hijo con la antigua nobleza, á fin de poder lograr para él la dignidad de par que el mismo no había podido obtener. La duquesa de Montcornet le indicó en el departamento del Orne á una señorita llamada Beatriz Maximiliana Rosa de Casterán, hija menor del marqués de Casterán, que quería casar sin dote á sus dos hijas á fin de reservar toda su fortuna para el conde de Casterán, su hijo. Al parecer, los Casterán son de la costa de Adám. Beatriz, nacida y educada en el castillo de Casterán, tenía á la sazón unos veinte años (el casamiento se hizo en 1828), y llamaba la atención por lo que ustedes los provincianos llaman *originalidad*, y que no es más que cierta

superioridad en las ideas, un poco de exaltación, un gran sentimiento de lo bello y un gran apasionamiento por las obras de arte. Puede usted creer que no hay nada más peligroso para una mujer que seguir estas pendientes, toda vez que por ellas se llega adonde usted me ve y adonde llegó la marquesa... á un abismo. Los hombres son los únicos que poseen el bastón con que se puede una sostener á lo largo de esos precipicios, y la fuerza de que nosotras carecemos y que nos convierte en monstruos cuando la poseemos. Su anciana abuela, la noble viuda de Casterán, vió con placer que su nieta se casaba con un hombre que le era inferior en nobleza y en ideas. Los Rochefide hicieron perfectamente las cosas, y Beatriz no tuvo más que dejarles obrar. Asimismo, los Rochefide debieron quedar satisfechos de los Casterán, los cuales, emparentados con los Verneuil, con los de Esgrignon y con los Troisville, obtuvieron la dignidad de par para su yerno en aquella última gran hornada de pares que hizo Carlos X, y cuya anulación fué decretada por la revolución de julio. Rochefide es bastante estúpido; sin embargo, empezó por tener un hijo, y, como cometió la torpeza de fastidiar á su mujer, cesaron de tener vástagos. Los primeros días del matrimonio son un verdadero escollo para los espíritus pequeños y para los grandes amores. En su calidad de estúpido, Rochefide tomó la ignorancia de su mujer por frialdad, clasificó á Beatriz entre las mujeres línfáticas y frías, porque es rubia, y se fundó en esto para creerse en la más completa seguridad y para vivir como soltero, confiando en la pretendida frialdad y orgullo de la marquesa y en su manera grandiosa de vivir, que rodea con mil barreras á una mujer en París. Ya comprenderá estas palabras cuando visite usted esta gran ciudad. Los que contaban aprovecharse de la tranquila indiferencia del marido, le decían: «¡Qué feliz es usted! Tiene usted una mujer fría, que sólo tendrá pasiones de cabeza, que está satisfecha con su brillo, y cuyos caprichos son puramente artísticos; todos sus deseos quedarán satisfechos si logra formarse un salón donde se reúnan todos los talentos y donde pueda dar veladas musicales y literarias.» Y el marido se tragaba todas estas paparruchas con que en París se acostumbra á embaucar á los necios. Sin embargo, Rochefide no es un tonto ordinario: tiene tanta vanidad y orgullo como un hombre de talento; con la diferencia única de que las gentes de talento

afectan modestia y acarician al público para ser acariciadas, mientras que Rochefide tiene un amor propio exagerado, que se ve á mil leguas de distancia. Su vanidad se revuelca en la cuadra y se alimenta en el pesebre. Posee esos defectos, que sólo conocen las gentes capaces de juzgarlos en la intimidad y que sólo afectan á la vida privada, mientras que en el mundo y para el mundo, el sujeto de los mismos parece ser encantador. Rochefide debía ser insoportable tan pronto como él creyese amenazado su hogar, pues posee esos celos ciegos y mezquinos que son cobardes durante seis meses y que asesinan al séptimo. El marqués creía engañar á su mujer y la temía el día en que se apercibía de que la marquesa le hacía la caridad de mostrarse indiferente á sus infidelidades. Le hago á usted la descripción de este carácter á fin de explicarle la conducta de Beatriz. La marquesa siente por mí una gran admiración; pero de la admiración á la envidia no hay más que un paso. Yo tengo uno de los salones más notables de París, y como ella deseaba formarse otro, procuraba sacarme la gente de casa. Como yo no sé conservar á mi lado á los que desean abandonarme, la marquesa recibió en su casa á aquellas gentes superficiales que son amigas de todo el mundo por ociosidad y cuyo objeto es dejar de ir á una casa una vez que han entrado en ella; pero no tuvo tiempo para rodearse de una verdadera sociedad. En aquella época, me pareció que la devoraba el deseo de hacerse célebre por cualquier concepto. He de decirle á usted que Beatriz posee un alma grande, un orgullo regio, una facilidad maravillosa para concebirlo y comprenderlo todo, y habla lo mismo de metafísica y de música, que de teología y pintura. Usted la verá mujer, como nosotros la hemos visto recién casada; pero hay en ella un tanto de afectación: dice saber las cosas difíciles, el chino y el hebreo, é interpretar los jeroglíficos ó poder explicar los papyrus que rodean á las momias. Beatriz es una de esas rubias á cuyo lado la rubia Eva parecería una negra. Es delgada y recta como un cono, y blanca como una hostia; tiene una cara larga y angulosa, y una tez bastante variable: hoy color de percal y mañana morena y llena de mil pecas, como si la sangre se hubiese detenido en ciertos puntos durante la noche; su frente es magnífica, pero un tanto audaz; sus pupilas son de color verde marino y nadan en el blanco de sus ojos bajo débiles pestañas y perezosos párpados. Generalmente está ojerosa.

Su nariz, que describe un cuarto de círculo, denota una gran astucia, pero es impertinente. Tiene la boca austriaca, y el labio superior más grueso que el inferior, el cual cae de una manera desdenosa. Sus pálidas mejillas sólo se colorean á impulsos de una emoción muy viva. Su barba es bastante gruesa, y como la mía tampoco es delgada, sin duda hago mal en decirle á usted que las mujeres de barba gruesa son exigentes en amor. Posee una de las estaturas más hermosas que he visto en mi vida, y sus hombros y espalda, de brillante blancura, que eran antes secos, dicen que se han llenado y desarrollado hoy; pero los pechos no han sido tan felices como la espalda y los hombros, y los brazos se han quedado un tanto delgados. Por otra parte, su actitud y modales desenvueltos, disimulan sus defectos y ponen admirablemente de relieve sus bellezas. La naturaleza la ha dotado de ese aire de princesa que no se adquiere, que revela á la mujer noble, y que está en armonía, por lo demás, con unas caderas poco salientes, pero de delicioso contorno, con el pie más bonito del mundo, y con esa abundante cabellera de ángel, que tanto cultivó el pincel de Girodet y que parece una reunión de haces luminosos. Sin ser irremprochablemente hermosa ni bonita, produce, cuando quiere, imborrables impresiones, y no tiene más que vestirse de terciopelo color cereza con bullones de encajes, para estar divina. Si por una circunstancia cualquiera pudiese Beatriz ponerse el traje del tiempo en que las mujeres llevaban justillo con jubón de brocado de mil pliegues, y en que ocultaban sus brazos en mangas perdidas rodeadas de encaje, de donde salía la mano como del pistilo de un cáliz, Beatriz lucharía ventajosamente con las bellezas ideales que ha visto usted vestidas de ese modo.

Mientras hablaba así, Felicidad enseñaba á Calixto una hermosa copia del cuadro de Mieris, donde se ve una mujer vestida de satín blanco, de pie, con un papel en la mano y cantando con un señor brabantón, mientras que un negro llena una copa de vino de España y una anciana arregla unos bizcochos en la bandeja.

—Las rubias—continuó Felicidad—tienen la ventaja de su preciosa diversidad sobre nosotras las morenas: hay cien maneras de ser rubia y sólo hay una de ser morena. Las rubias son más mujeres que nosotras. Las morenas francesas nos parecemos demasiado á los hombres. ¡Bueno! por el re-

trato que le hago ahora de Beatriz, no vaya usted á enamorarse de ella, como le ocurrió á no sé qué príncipe de las *Mil y una noches*. Pero, ¡pobre hijo mío! También aquí habrías llegado demasiado tarde. Sin embargo, consuélate, porque ésta se entrega á cualquiera.

Estas palabras fueron dichas con intención. La admiración pintada en el rostro del joven estaba más excitada por la pintura que por el pintor cuyo trabajo no lograba el objeto apetecido.

—A pesar de ser rubia—continuó Felicidad,—Beatriz no tiene la finura de las rubias; sus líneas son severas, es elegante y dura, y su alma parece encerrar ardores meridionales. Es un ángel que arde y se consume. Sus ojos parecen tener sed. Lo que mejor tiene es el frente, porque de perfil, su cara parece haber sido cogida entre dos puertas. Ya verá usted como no le engaño. He aquí ahora cómo nos hicimos amigas. Durante tres años, ó sea desde 1828 á 1831, Beatriz, gozando de las últimas fiestas de la Restauración, frecuentando los salones y la corte, asistiendo á los bailes de trajes del Elíseo Borbón, juzgaba á los hombres, las cosas, los acontecimientos y la vida con toda la elevación de su pensamiento, y su mente estuvo, por lo tanto, ocupada en algo. Este primer momento de aturdimiento, causado por el mundo, impidió despertar su corazón, contribuyendo á ello también los primeros achaques del matrimonio: el hijo, los partos y todo ese tráfico de maternidad que tanto me desagrada. Desde este punto de vista, confieso que no tengo nada de mujer. Los hijos me resultan insoportables, presintiendo que sólo dan constantes penas é inquietudes. Por esta razón me parecía á mí que uno de los grandes beneficios de la sociedad moderna, beneficios de que hemos sido privadas por ese hipócrita de Juan Jacobo Rousseau, estriba en el hecho de dejarnos en completa libertad de ser ó no ser madres. Aunque no soy la única en pensar de este modo, soy la única que lo digo. De 1830 á 1831, Beatriz fué á pasar la época tormentosa á la tierra de su marido, y se aburríó allí como un santo en su silla del cielo. A su vuelta á París, la marquesa juzgó, sin duda, con exactitud que la revolución, que era en apariencia puramente política para algunas gentes, iba á ser una revolución moral. Como la clase á que ella pertenecía no hubiese podido reconstituirse durante el triunfo inesperado de los quince años de la Restau-

ración, era de suponer que cayese bajo los golpes del ariete manejado por la burguesía. Beatriz había oído aquella gran frase del señor Lainé: «¡Los reyes se van!» y esta opinión creo yo que no dejó de influir en su conducta, pues la marquesa tomó parte intelectual en las nuevas doctrinas que cundieron durante tres años, después de julio, como moscardones al sol, y que extraviaron á varias cabezas hembras; pero aunque encontraba magníficas aquellas novedades, quiso, como todos los nobles, salvar á la nobleza. No viendo ya plaza para las superioridades personales, y viendo que la alta nobleza volvía á empezar la oposición muda que había hecho á Napoleón, prefirió la dicha á aquel mutismo. Cuando nosotros pudimos ya respirar un poco, la marquesa encontró en mi casa al hombre con quien creí yo acabar mis días, á Jenaro Conti, gran compositor, de origen italiano, pero nacido en Marsella. Aunque no figure en primera línea, Conti tiene mucha gracia y mucho talento como compositor, tanto, que si no hubiese sido por Meyerbeer y Rossini, acaso hubiera pasado por hombre de genio, pues tiene sobre ellos la ventaja de que es en música vocal lo que Paganini en el violín, lo que Liszt en el piano, lo que Taglioni en la danza y lo que era, en fin, el famoso Garat. Aquello no es una voz, amigo mío, es un alma. Cuando aquel canto responde á ciertas ideas, á situaciones difíciles de describir, y en las cuales se encuentra á veces una mujer, ésta está perdida oyendo á Jenaro. La marquesa concibió por él una pasión loca, y me lo quitó. El rasgo es excesivamente provinciano, pero de buena guerra. Beatriz conquistó mi estimación y mi amistad por la manera como tuvo de obrar conmigo. Yo le parecía mujer capaz de defender mi bien, y ella no sabía que para mí la cosa más ridícula que hay en esta posición es el objeto mismo de la lucha. Al verse enamorada aquella mujer tan orgullosa, vino á mi casa, me comunicó su secreto y me constituyó en árbitra de su destino: estuvo adorable, y á mis ojos siguió siendo mujer y marquesa. He de advertirle á usted, amigo mío, que las mujeres son casi siempre malas, pero que tienen á veces grandezas que jamás sabrán los hombres apreciar. Como yo puedo hacer ya mi testamento de mujer al borde de la vejez que me espera, diré á usted que yo era fiel á Conti, que lo hubiese sido hasta la muerte, y que, sin embargo, conocía que posee una encantadora naturaleza en apariencia, pero detestable en el fondo. Este